

dad, que puede proceder más del buen rato de su graciosidad que de la confianza de su capacidad; hay amistades legítimas y otras adulterinas; éstas para la delectación, aquéllas para la fecundidad de aciertos; hállanse pocos de la persona y muchos de la fortuna. Más aprovecha un buen entendimiento de un amigo, que muchas buenas voluntades de otro; haya, pues, elección, y no suerte. Un sabio sabe excusar pesares, y el necio amigo los acarrea; ni desearles mucha fortuna, si no los quiere perder.

No engañarse en las personas, que es el peor y más fácil engaño; más vale ser engañado en el precio que en la mercedería, ni hay cosa que más necesite de mirarse por dentro; hay diferencia entre el entender las cosas y conocer las personas, y es gran filosofía alcanzar los genios y distinguir los humores de los hombres; tanto es menester tener estudiados los sujetos como los libros.

Saber usar de los amigos. Hay en esto su arte de discreción; unos son buenos para de lejos y otros para de cerca, y el que tal vez no fué bueno para la conversación, lo es para la correspondencia; purifica la distancia algunos defectos que eran intolerables á la presencia; no sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad, que ha de tener las tres calidades del bien; otros dicen las del ente, uno, bueno y verdadero, porque el amigo es todas las cosas; son pocos para buenos, y el no saberlos elegir los hace ménos; saberlos conservar es más que el hacerlos amigos. Búsqense tales que hayan de durar, y aunque al principio sean nuevos, baste para satisfacción que podrán hacerse viejos. Absolutamente los mejores son los muy salados, aunque se gaste una hanega en la experiencia. No hay desierto como vivir sin amigos; la amistad multiplica los bienes y reparte los males, es único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma.

Saber sufrir necios. Los sabios siempre fueron mal sufridos, que quien añade ciencia, añade impaciencia; el mucho conocer es dificultoso de satisfacer. La mayor regla del vivir, según Epitecto, es el sufrir, y á esto redujo la mitad de la sabiduría; si todas las necesidades se han de tolerar, mucha paciencia será menester; á veces sufrimos más de quien más dependemos, que importa para el ejercicio del vencerse; nace del sufrimiento la inestimable paz, que es la felicidad de la tierra; y el que no se hallare con ánimo de sufrir, apele al retiro de sí mismo, si es que aún á sí mismo se ha de poder tolerar.

Hablar de atento, con los émulo por cautela, con los demas por decencia. Siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para volverla; hase de hablar como en testamento, que á ménos palabras, ménos pleitos; en lo que no importa se ha de ensayar uno para lo que importare; la arcanidad tiene visos de divinidad; el fácil á hablar, cerca está de ser vencido y convencido.

Conocer los defectos dulces. El hombre más perfecto no se escapa de algunos, y se casa y se amanceba con ellos; haylos en el ingenio, y mayores en el mayor, ó se advierten más, no porque no los conozca

el mismo sujeto, sino porque los ama; dos males juntos, apasionarse, y por vicios, son lunares de la perfección, ofenden tanto á los de afuera, cuanto á los mismos les suenan bien. Aquí es el gallardo vencerse, y dar esta felicidad á los demas reales; todos topan allí, y cuando habian de celebrar lo mucho bueno que admiran, se detienen donde reparan, afeando aquello por desdoro de las demas prendas.

Saber triunfar de la emulación y malevolencia. Poco es ya el desprecio, aunque prudente, más es la galantería; no hay bastante aplauso á un decir bien; del que dice mal no hay venganza más heroica que con méritos y prendas, que vencen y atormentan á la envidia; cada felicidad es un apretón de cordeles al mal afecto, y es un infierno del émulo la gloria del emulado; este castigo se tiene por el mayor, hacer veneno de la felicidad; no muere de una vez el envidioso, sino tantas cuantas vive á voces de aplausos el envidiado, compitiendo la perenidad de la fama del uno con la penalidad del otro; es inmortal éste para sus glorias, y aquél para sus penas. El clarín de la fama, que toca á inmortalidad, al uno publica muerte, para el otro sentenciándole al suspensio de tan envidiosa suspensión.

Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado. Es desventura para unos la que suele ser ventura para otros; que no fuera uno dichoso, si no fueran muchos otros desdichados; es propio de infelices conseguir la gracia de las gentes, que quiere recompensar ésta con su favor inútil los desfavores de la fortuna, y vióse tal vez que el que en la prosperidad fué aborrecido de todos, en la adversidad compadecido de todos; trocése la venganza de ensalzado en compasión de caído. Pero el sagaz atiende al barajar de la suerte. Hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado; arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad.

Echar al aire algunas cosas. Para examinar la aceptación, un ver cómo se reciben, y más las sospechas de acierto y de agrado, asegúrase el salir bien y queda lugar ó para el empeño ó para el retiro; tántense las voluntades de esta suerte, y sabe el atento dónde tiene los piés; prevención máxima del pedir, del querer y del gobernar.

Hacer buena guerra. Puedenle obligar al cuerdo á hacerla, pero no mala; cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan; es plausible la galantería en la emulación; ha de pelear, no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer á lo ruin no es gloria, sino rendimiento. Siempre fué superioridad la generosidad; el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y son las de la amistad acabada para el odio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la venganza; todo lo que huele á traición inficiona el buen nombre. En personajes obligados se extraña más cualquier átomo de baja; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Préciense de que si la galantería, la generosidad y la felicidad se perdiesen en el mundo, se habian de buscar en su pecho.

Diferenciar el hombre de palabras del de obras. Es

única precisión, así como la del amigo, de la persona ú del empleo, que son muy diferentes; malo es no teniendo palabra buena no tener obra mala; peor no teniendo palabra mala no tener obra buena; ya no se come de palabras, que son viento, ni se vive de cortesías, que es un cortés engaño; cazar las aves con luz es el verdadero encandilar; los desvanecidos se pagan del viento, las palabras han de ser prendas de las obras, y así han de tener el valor; los árboles que no dan fruto, sino hojas, no suelen tener corazón, conviene conocerlos, unos para provecho, otros para sombra.

Saberse ayudar. No hay mejor compañía en los grandes aprietos que un buen corazón; y cuando flaqueare, se ha de suplir de las partes que le están cerca. Hácensele menores los afanes á quien se sabe valer. No se rinda á la fortuna, que se le acalará de hacer intolerable. Ayúdanse poco algunos en sus trabajos, y dóblalos con no saberlos llevar. El que ya se conoce, socorre con la consideración á su flaqueza, y el discreto de todo sale con victoria, hasta de las estrellas.

No dar en monstruos de la necedad. Sonlo todos los desvanecidos, presuntuosos, porfiados, caprichosos, persuadidos, extravagantes, figureros, graciosos, noveleros, paradojos, sectarios y todo género de hombres destemplados, monstruos todos de la impertinencia. Toda monstruosidad del ánimo es más disforme que la del cuerpo, porque desdice de la belleza superior. Pero ¿quién corregirá tanto desconcierto comun? Donde falta la sindéresis no queda lugar para la dirección; y la que habia de ser observación refleja de la irrisión, es una mal concebida presunción de aplauso imaginado.

Atención á no errar una, más que á acertar ciento. Nadie mira al sol resplandeciente, y todos eclipsado; no le contará la nota vulgar las que acertare, sino las que errare; más conocidos son los malos para murmurados, que los buenos para aplaudidos; ni fueron conocidos muchos hasta que delinquieron, ni bastan todos los aciertos juntos á desmentir un solo y mínimo desdoro; y desengáñese todo hombre, que le serán notadas todas las malas, pero ninguna buena, de la malevolencia.

Usar del reten en todas las cosas. Es asegurar la importancia; no todo el caudal se ha de emplear, ni se han de sacar todas las fuerzas cada vez; aún en el saber ha de haber resguardo, que es un doblar las perfecciones; siempre ha de haber á qué apelar en un aprieto de salir mal; más obra el socorro que el acometimiento, porque es de valor y de crédito. El proceder de la cordura siempre fué al seguro, y aún en este sentido es verdadera aquella paradoja picante; más es la mitad que el todo.

No gastar el favor. Los amigos grandes son para las grandes ocasiones; no se ha de emplear la confianza mucha en cosas pocas, que sería desperdicio de la gracia; la sagrada áncora se reserva siempre para el último riesgo. Si en lo poco se abusa de lo mucho, ¿qué quedará para despues? No hay cosa que más valga que los valedores, ni más preciosa hoy que

el favor; hace y deshace en el mundo, hasta dar ingenio ó quitarlo. Á los sabios lo que les favorecieron naturaleza y fama, les envidió la fortuna; más es saber conservar las personas y tenerlas, que los haberes.

No empeñarse con quien no tiene que perder. Es reñir con desigualdad, entra el otro con desembarazo, porque trae hasta la vergüenza perdida, remató con todo, no tiene más que perder, y así se arroja á toda impertinencia; nunca se ha de exponer á tan cruel riesgo la inestimable reputación; costó muchos años de ganar, y viene á perderse en un punto de un puntillo; hiela un desaire mucho lucido sudor. Al hombre de obligaciones hácele reparar el tener mucho que perder, mirando por su crédito; mira por el contrario, y como se empeña con atención, procede con tal detención, que da tiempo á la prudencia para retirarse con tiempo y poner en cobro el crédito; ni con el vencimiento se llegará á ganar lo que se perdió ya con el exponerse á perder.

No ser de vidrio en el trato, y ménos en amistad. Quebran algunos con gran facilidad, descubriendo la poca consistencia; llénanse á sí mismos de ofension, á los demas de enfado; muestran tener la condición más niña que las de los ojos, pues no permite ser tocada, ni de burlas ni de veras; oféndenla las motas, que no son menester ya notas; han de ir con grande tiento los que los tratan, atendiendo siempre á sus delicadezas; guárdanle los aires, porque el más leve desaire les desazona; son éstos ordinariamente muy suyos, esclavos de su gusto, que por él atropellarán con todo, idólatras de su honrilla; la condición del amante tiene la mitad de diamante en el durar y en el resistir.

No vivir apriesa. El saber repartir las cosas es saberlas gozar; á muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad; malogran los contentos, que no los gozan, y querrian despues volver atras cuando se hallan tan adelante; postillones del vivir, que á más del comun correr del tiempo, añaden ellos su atropellamiento genial. Querrian devorar en un día lo que apenas podrán digerir en toda la vida; viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir, y como van con tanta prisa, acaban presto con todo; aún en el querer saber ha de haber modo para no saber las cosas mal sabidas; son más los días que las dichas; en el gozar á espacio, en el obrar aprisa; las hazañas bien están hechas, los contentos mal acabados.

Hombre sustancial, y el que lo es no se paga de los que no lo son. Infeliz es la eminencia que no se funda en la sustancia; no todos los que lo parecen son hombres, haylos de embuste, que conciben de quimera y paren embelecios, y hay otros sus semejantes que los apoyan y gustan más de lo incierto, que promete un embuste, por ser mucho, que de lo cierto, que asegura una verdad, por ser pocos; al cabo sus caprichos salen mal, porque no tienen fundamento de entereza; sola la verdad puede dar reputación verdadera y la sustancia entra en provecho; un embelecio ha menester otros muchos, y así toda la fábrica es

quimera, y como se funda en el aire, es preciso venir á tierra; nunca llega á viejo un desconcierto; el ver lo mucho que promete basta hacerlo sospechoso, así como lo que prueba demasiado es imposible.

Saber ó escuchar á quien sabe. Sin entendimiento no se puede vivir, ó propio ó prestado; pero hay muchos que ignoran que no saben, y otros que piensan que saben, no sabiendo; achaques de necedad son irremediables, que como los ignorantes no se conocen, tampoco buscan lo que les falta; serian sabios algunos si no creyesen que lo son; con esto, aunque son raros los oráculos de cordura, viven ociosos, porque nadie los consulta; no disminuye la grandeza ni contradice la capacidad el aconsejarse, ántes el aconsejarse bien la acredita; debata en la razon para que no le combata la desdicha.

Excusar llanezas en el trato. Ni se han de usar, ni se han de permitir. El que se allana pierde luégo la superioridad que le daba su entereza, y tras ella la estimacion; los astros, no rozándose con nosotros, se conservan en su esplendor, la divinidad solicita decoro, toda humanidad facilita el desprecio, las cosas humanas cuanto se tienen más se tienen en ménos, porque con la comunicacion se comunican las imperfecciones que se encubrian con el recato; con nadie es conveniente el allanarse, no con los mayores, por el peligro, ni con los inferiores, por la indecencia; ménos con la villanía, que es atrevida por lo necio, y no reconociendo el favor que se le hace, presume obligacion; la facilidad es ramo de vulgaridad.

Crear al corazon, y más cuando es de prueba, nunca le desmienta, que suele ser pronóstico de lo que más importa, oráculo casero; perecieron muchos de lo que se temian, mas ¿de qué sirvió el temerlo sin el remediarlo? Tienen algunos muy leal el corazon, ventaja del superior natural, que siempre los previene y toca á infelicidad para el remedio; no es cordura salir á recibir los males, pero sí el salirles al encuentro para vencerlos.

La retentiva es el sello de la capacidad, pecho sin secreto es carta abierta; donde hay fondo están los secretos profundos, que hay grandes espacios y enseñadas donde se hundan las cosas de monta; procede de un gran señorío de sí, y el vencerse en esto es el verdadero triunfar; á tantos pagan pecho á cuantos se descubre; en la templanza interior consiste la salud de la prudencia, los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa, el contradecir para torcer; el tirar varillas para hacer saldrá aquí el atento más cerrado. Las cosas que se han de hacer no se han de decir, y las que se han de decir no se han de hacer.

Nunca regirse por lo que el enemigo habia de hacer. El necio nunca hará lo que el cuerdo juzga, porque no alcanza lo que conviene; si es discreto, tampoco, porque querrá desmentirle el intento penetrado y áun prevenido; hanse de discurrir las materias por entrambas partes, y revolverse por el uno y otro lado, disponiéndolas á dos vertientes; son varios los dictámenes, esté atenta la indiferencia, no tanto para lo que será, cuanto para lo que puede ser.

Sin mentir, no decir todas las verdades; no hay

cosa que requiera más tiento que la verdad, que es un sangrarse del corazon; tanto es menester para saberla decir como para saberla callar; piérdese con sola una mentira todo el crédito de la entereza; es tenido el engaño por falso y el engañoso por falso, que es peor; no todas las verdades se pueden decir, unas porque me importan á mí, otras porque al otro.

Un grano de audacia con todo es importante cordura. Hase de moderar el concepto de los otros, para no concebir tan altamente de ellos que les tema; nunca rinda la imaginacion al corazon; parecen mucho algunos hasta que se tratan, pero el comunicarlos, más sirvió de desengaño que de estimacion; ninguno excede los cortos límites de hombre, todos tienen su sino, unos en el ingenio, otros en el genio. La dignidad da autoridad aparente, pocas veces la acompaña la personal, que suele vengar la suerte la superioridad del cargo en la inferioridad de los méritos; la imaginacion se adelanta siempre, y pinta las cosas mucho más de lo que son; no sólo concibe lo que hay, sino lo que pudiera haber; corrija la razon tan desengañada á experiencias, pero ni la necedad ha de ser atrevida, ni la virtud temerosa, y si á la simplicidad le valió la confianza, ¿cuánto más al valer y al saber?

No aprender fuertemente. Todo necio es persuadido, y todo persuadido necio, y cuanto más erróneo su dictámen, es mayor su tenacidad; áun en caso de evidencia es ingenuidad el ceder, que no se ignora la razon que tuvo, y se conoce la galantería que tiene; más se pierde con el arrimamiento, que se puede ganar con el vencimiento; no es defender la verdad, sino la grosería; hay cabezas de hierro dificultosas de vencer con extremo irremediable, cuando se junta lo caprichoso con lo persuadido, cánsanse indisolublemente con la necedad. El teson ha de estar en la voluntad, no en el juicio. Aunque hay casos de excepcion para no dejarse perder y ser vencido dos veces, una en el dictámen, otra en la ejecucion.

No ser ceremonial. Que áun en un rey la afectacion en esto fué solemnizada por singularidad. Es enfadoso el puntoso, y hay naciones tocadas de esta delicadeza. El vestido de la necedad se cose de estos puntos, idólatras de su honra, y que muestran que se funda sobre poco, pues se temen que todo la pueda ofender; bueno es mirar por el respeto, pero no sea tenido por gran maestro de cumplimientos; bien es verdad que el hombre sin ceremonias necesita de excelentes virtudes; ni se ha de afectar, ni se ha de despreciar la cortesía; no muestra ser grande el que repara en puntillos.

Nunca exponer el crédito á prueba de sola una vez, que si no sale bien aquélla, es irreparable el daño. Es muy contingente errar una, y más la primera; no siempre está uno de ocasion, que por eso se dijo estar de día; afiance, pues, la segunda á la primera; si se errare y si se acertare, será la primera desempeño de la segunda; siempre ha de haber recurso á la mejoría y apelacion á más; dependen las cosas de contingencias y de muchas, y así es rara la felicidad del salir bien.

Conocer los defectos, por más autorizados que es-

tén. No desconozca la entereza el vicio, aunque se revista de brocado; corónase tal vez de oro, pero no por eso puede disimular el yerro; no pierde la esclavitud de su vileza, aunque se desmienta con la nobleza del sujeto; bien pueden estar los vicios realzados, pero no son reales; ven algunos que aquel héroe tuvo aquel accidente, pero no ven que no fué héroe por aquello. Es tan retórico el ejemplo superior, que áun las fealdades persuade; hasta las del rostro afectó tal vez la lisonja, no advirtiendo que si en la grandeza se disimulan, en la baja se abominan.

Todo lo favorable obrarlo por sí; todo lo odioso por terceros. Con lo uno se concilia la aficion, con lo otro se declina la malevolencia. Mayor gusto es hacer bien que recibirlo para grandes hombres, que es felicidad de su generosidad; pocas veces se da disgusto á otro sin tomarlo, ó por compasion ó por repasion; las causas superiores no obran sin el premio ó el apremio; influya inmediatamente el bien y mediatamente el mal; tenga donde den los golpes del descontento, que son el odio y la murmuracion; suele ser la rabia vulgar como la canina, que desconociendo la causa de su daño revuelve contra el instrumento, y aunque éste no tenga la culpa principal, padece la pena de inmediato.

Traer que alabar es crédito del gusto, que indica tenerlo hecho á lo muy bueno, y que se le debe la estimacion de lo de acá; quien supo conocer ántes la perfeccion sabrá estimarla despues; da materia á la conversacion y á la imitacion, adelantando las plausibles noticias. Es un político modo de vender la cortesía á las perfecciones presentes; otros, al contrario, traen siempre que vituperar, haciendo lisonja á lo presente con el desprecio de lo ausente; sádeles bien con los superficiales, que no advierten la treta del decir mucho mal de unos con otros; hacen política algunos de estimar más las medianías de hoy que los extremos de ayer. Conozca al atento estas sutilezas del llegar, y no le cause desmayo la exageracion del uno ni engrimiento la lisonja del otro, y entienda que del mismo modo proceden en las unas partes que en las otras; truecan los sentidos y ajústanse siempre al lugar en que se hallan.

Valerse de la privacion ajena, que si llega á deseo es el más eficaz torcedor. Dijeron ser nada los filósofos y ser el todo los políticos. Éstos la conocieron mejor. Hacen grada unos para alcanzar sus fines del deseo de los otros. Válense de la ocasion, y con la dificultad de la consecucion irritan el apetito. Prométense más del conato de la pasion que de la tibieza de la posesion, y al paso que crece la repugnancia se apasiona más el deseo; gran sutileza del conseguir el intento conservar las dependencias.

Hallar el consuelo en todo. Hasta de inútiles lo es el ser eterno. No hay afan sin conorte; los necios le tienen en ser venturosos, y tambien se dijo ventura de fea. Para vivir mucho es arbitrio valer poco; la vasija quebrantada es la que nunca se acaba de romper, que enfada con su durar. Parece que tiene envia la fortuna á las personas más importantes, pues iguala la duracion con la inutilidad de las unas, la

importancia con la brevedad de las otras. Faltarán cuantos importaren, y permanecerá eterno el que es de ningun provecho, ya porque lo parece, ya porque realmente lo es así. Al desdichado parece que se conciertan en olvidarle la suerte y la muerte.

No pagarse de la mucha cortesía, que es especie de engaño. No necesitan algunos para hechizar de las hierbas de la Tesalia, que con sólo el buen aire de una gorra encantan necios, digo, desvanecidos. Hacen precio de la honra y pagan con el viento de unas buenas palabras. Quien lo promete todo promete nada, y el prometer es desliz para necios; la cortesía verdadera es deuda, la afectada engaño, y más la desusada; no es decencia, sino dependencia. No hacen la reverencia á la persona, sino á la fortuna, y la lisonja, no á las prendas que reconoce, sino á las utilidades que espera.

Hombre de gran paz, hombre de mucha vida; para vivir, dejar vivir; no sólo viven los pacíficos, sino que reinan; hase de oír y ver, pero callar; el dia sin pleito hace la noche soñolienta; vivir mucho y vivir con gusto es vivir por dos y fruto de la paz; todo lo tiene á quien no se le da nada de lo que no le importa; no hay mayor despropósito que tomarlo todo de propósito; igual necedad que le pase el corazon á quien no le toca, y que no le éntre de los dientes adentro á quien le importa.

Atencion al que entra con la ajena por salir con la suya. No hay reparo para la astucia como la advertencia; al entendido un buen entendedor; hacen algunos ajeno el negocio propio, y sin la contracifra de intenciones se halla á cada paso empeñado uno en sacar del fuego el provecho ajeno con daño de su mano.

Concebir de sí y de sus cosas cuerdate, y más al comenzar á vivir. Conciben todos altamente de sí, y más los que ménos son; sueñase cada uno su fortuna y se imagina un prodigio; empiébase desatinadamente la esperanza y despues nada cumple la experiencia; sirve de tormento á su imaginacion vana el desengaño de la realidad verdadera; corrija la cordura semejantes desaciertos, y aunque puede desear lo mejor, siempre ha de esperar lo peor para tomar con ecuanimidad lo que viniere. Es destreza asestar algo más alto para ajustar el tiro, pero no tanto que sea desatino al comenzar los empleos; es precisa esta reformation de concepto, que suele desatinar la presuncion sin la experiencia; no hay medicina más universal para todas necedades que el seso; conozca cada uno la esfera de su actividad y estado, y podrá regular con la realidad el concepto.

Saber estimar. Ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo, ni hay quien no exceda al que excede; saber disfrutar á cada uno es útil saber; el sabio estima á todos porque reconoce lo bueno en cada uno y sabe lo que cuestan las cosas de hacerse bien. El necio desprecia á todos por ignorancia de lo bueno y por eleccion de lo peor.

Conocer su estrella. Ninguno tan desvalido que no la tenga, y si es desdichado es por no conocerla; tienen unos cabida con príncipes y poderosos, sin saber

cómo ni por qué, sino que su misma suerte le facilitó el favor; sólo queda para la industria el ayudarla; otros se hallan con la gracia de los sabios; fué alguno más acepto en una nacion que en otra, y más bien visto en esta ciudad que en aquélla; experimentase también más dicha en un empleo y estado que en los otros, y todo esto en igualdad y áun identidad de méritos; baraja como y cuando quiere la suerte; conozca la suya cada uno, así como su Minerva, que va el perderse ó el ganarse; sépala seguir y ayudar; no las trueque, que sería errar el norte á que le llama la vecina bocina.

Nunca embarazarse con necios; eslo el que no los conoce, y más el que, conocidos, no los descarta; son peligrosos para el trato superficial, y perniciosos para la confidencia; y aunque algun tiempo los contenga su recelo propio y el cuidado ajeno, al cabo hacen la necedad ó la dicen, y si tardaron fué para hacerla más solemne; mal puede ayudar al crédito ajeno quien no lo tiene propio; son infelicitimos, que es el sobrehueso de la necedad, y se pagan una y otra; sola una cosa tienen menos mala, y es que ya que á ellos los cuerdos no les son de algun provecho, ellos sí de mucho á los sabios, ó por noticia ó por escarmiento.

Saberse transplantar. Hay naciones que para valer se han de remudar, y más en puestos grandes. Son las patrias madrastras de las mismas eminencias: reina en ellas la envidia como en tierra connatural, y más se acuerdan de las imperfecciones con que uno comenzó que de la grandeza á que ha llegado; un alfiler pudo conseguir estimacion pasando de un mundo á otro, y un vidrio puso en desprecio al diamante porque se trasladó; todo lo extraño es estimado, ya porque vino de léjos, ya porque se logra hecho y en su perfeccion; sujetos vimos que ya fueron del desprecio de su rincón y hoy son la honra del mundo, siendo estimados de los propios y extraños; de los unos, porque los miran de léjos, de los otros, porque léjos; nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto.

Saberse hacer lugar á lo cuerdo, no á lo entremetido. El verdadero camino para la estimacion es el de los méritos, y si la industria se funda en el valor, es atajo para alcanzar; sola la entereza no basta, sola la solicitud es indigna; que llegan tan enlodadas las cosas, que son asco de la reputacion; consiste en un medio de merecer y de saberse introducir.

Tener que desear para no ser felizmente desdichado respira el cuerpo y anhela el espíritu; si todo fuere posesion, todo será desengaño y descontento; áun en el entendimiento siempre ha de quedar que saber en que se cebe la curiosidad; la esperanza alienta; los hartazgos de felicidad son mortales. En el premiar es destreza nunca satisfacer; si nada hay que desear, todo es de temer dicha desdichada; donde acaba el deseo comienza el temor.

Son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen. Alzóse con el mundo la necedad, y si hay algo de sabiduría, es estulticia con la del cielo; pero el mayor necio es el que no se lo piensa y

á todos los otros difine. Para ser sabio no basta parecerlo, ménos parecerse; aquel sabe que piensa que no sabe, y aquel no ve que no ve que los otros ven; con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que lo piense ni áun lo recele.

Dichos y hechos hacen un varon consumado. Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso; la una es perfeccion de la cabeza, la otra del corazon, y entrambas nacen de la superioridad del ánimo; las palabras son sombras de los hechos; son aquéllas las hembras, éstos los varones; más importa ser celebrado que ser celebrador; es fácil el decir y difícil el obrar. Las hazañas son la substancia del vivir y las sentencias el ornato; la eminencia en los hechos dura, en los dichos pasa; las acciones són el fruto de las atenciones; los unos sabios, los otros hazañosos.

Conocer las eminencias de su siglo. No son muchas; un fénix en todo un mundo, un gran capitán, un perfecto orador, un sabio en todo un siglo, un eminente rey en muchos; las medianías son ordinarios en número y aprecio, las eminencias raras en todo, porque piden complemento de perfeccion, y cuanto más sublime la categoría, más dificultoso el extremo; muchos los tomaron los renombres de magnos á César y Alejandro, pero en vacío, que sin los hechos no es más la voz que un poco de aire; pocos Sénecas ha habido y un solo Apéles celebró la fama.

Lo fácil se ha de emprender como dificultoso, y lo dificultoso como fácil; allí porque la confianza no descuide, aquí porque la confianza no desmaye; no es menester más para que no se haga la cosa, que darla por hecha, y al contrario, la diligencia allana la imposibilidad; los grandes empeños áun no se han de pensar, basta ofrecerse, porque la dificultad advertida no ocasione el reparo.

Saber jugar del desprecio. Es treta para alcanzar las cosas despreciarlas; no se hallan comúnmente cuando se buscan, y después al descuido se vienen á la mano. Como todas las de acá son sombras de las eternas, participan de la sombra aquella propiedad; huyen de quien las sigue y persiguen á quien las huye. Es también el desprecio la más política venganza, única máxima de sabios, nunca defenderse con la pluma, que deja rastro, y viene á ser más gloria de la emulacion que castigo del atrevimiento; astucia de indignos oponerse á grandes hombres para ser celebrado por indirecta cuando no lo merecian de derecho; que no conociéramos á muchos si no hubieran hecho caso de ellos los excelentes contrarios. No hay venganza como el olvido, que es sepultarlos en el polvo de su nada. Presumen temerarios hacerse eternos pegando fuego á las maravillas del mundo y de los siglos; arte de reformar la murmuracion, no hacer caso; impugnarla causa perjuicio, y si crédito, descrédito, á la emulacion complacencia; que áun aquella sombra de desdoro deslustra, ya que no oscurece del todo la mayor perfeccion.

Sépase que hay vulgo en todas partes, en la misma Corinto, en la familia más selecta. De las puertas adentro de su casa lo experimenta cada uno, pero hay vulgo y revulgo que es peor; tiene el especial las mis-

mas propiedades que el comun, como los pedazos del quebrado espejo, y áun más perjudicial; habla á lo necio y censura lo impertinente; gran discípulo de la ignorancia, padrino de la necedad y aliado de la hablilla; no se ha de atender á lo que dice, y ménos á lo que siente; importa conocerlo para librarse de él, ó como parte ó como objeto, que cualquiera necedad es vulgaridad, y el vulgo se compone de necios.

Usar del reporte. Hase de estar más sobre el caso en los acasos. Son los ímpetus de las pasiones deslizaderos de la cordura, y allí es el riesgo de perderse. Adelántase uno más en un instante de furor ó contento que en muchas horas de indiferencia. Córtese tal vez en breve rato para correrse despues toda la vida. Traza la ajena astuta intencion estas tentaciones de prudencia para descubrir tierra ó ánimo; válese de semejantes torcedores de secretos, que suelen apurar el mayor caudal. Sea contra ardid el reporte, y más las prontitudes; mucha reflexion es menester para que no se desboque una pasion, y gran cuerdo el que á caballo lo es; va con tiento el que concibe el peligro; lo que parece ligera la palabra al que la arroja, le parece pesada al que la recibe y la pondera.

No morir de achaque de necio. Comúnmente los sabios mueren faltos de cordura; al contrario los necios hartos de consejo. Morir de necio es morir de discurrir sobrado; unos mueren porque sienten y otros viven porque no sienten; y así unos son necios porque no mueren de sentimiento y otros lo son porque mueren de él. Necio es el que muere de sobrado entendido; de suerte que unos mueren de entendedores y otros viven de no entendidos; pero con morir muchos de necios, pocos necios mueren.

Librarse de las necedades comunes es cordura bien especial. Están muy validas por lo introducido, y algunos, que no se rindieron á la ignorancia particular, no supieron escaparse de la comun; vulgaridad es no estar contento ninguno con su suerte, aunque la mayor, ni descontento de su ingenio, aunque el peor. Todos codician, con descontento de la propia, la felicidad ajena. También alaban los de hoy las cosas de ayer, y los de acá las de allende. Todo lo pasado parece mejor y todo lo distante es más estimado. Tan necio es el que se rie de todo como el que se pudre de todo.

Saber jugar de la verdad. Es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dejar de decirla; ahí es menester el artificio; los diestros médicos del ánimo intentaron el modo de endulzarla; que cuando toca en desengaño es la quinta esencia de lo amargo. El buen modo se vale aquí de su destreza; con una misma verdad lisonjea á uno y aporrea á otro; hase de hablar á los presentes en los pasados. Con el buen entendedor basta brujular; y cuando nada bastare entra el caso de enmudecer. Los príncipes no se han de curar con cosas amargas; para eso es el arte de dórar los desengaños.

En el cielo todo es contento; en el infierno todo es pesar; en el mundo, como en medio, uno y otro. Estamos entre dos extremos, y así se participa de entrambos. Altéranse las suertes: ni todo ha de ser

felicidad ni todo adversidad. Este mundo es un cero; á solas vale nada, juntándolo con el cielo, mucho; la indiferencia á su variedad es cordura; ni es de sabios la novedad. Vase empeñando nuestra vida como en comedia, al fin viene á desenredarse; atencion, pues, al acabar bien.

Reservarse siempre las últimas tretas del arte. Es de grandes maestros, que se valen de su sutileza en el mismo en señalar; siempre ha de quedar superior y siempre maestro; hase de ir con arte en comunicar el arte; nunca se ha de agotar la fuente del enseñar, así como ni la del dar; con eso se conserva la reputacion y la dependencia. En el agradar y en el enseñar se ha de observar aquella gran leccion de ir siempre cebando la admiracion y adelantando la perfeccion; el reten en todas las materias fué gran regla de vivir, de vencer, y más en los empleos más sublimes.

Saber contradecir. Es gran treta del tentar, no para empeñarse, sino para empeñar. Es el único torcedor el que hace salear los afectos, es un vomitivo para los secretos la tibieza en el creer, llave del más cerrado pecho; hácese con grande sutileza la tentativa doble de la voluntad y del juicio; un desprecio sagaz de la misteriosa palabra del otro da caza á los secretos más profundos y valor con suavidad boca-deando hasta traerlos á la lengua y á que den en las redes del artificioso engaño; la detencion en el atento hace arrojarse á la del otro en el recato, y descubre el ajeno sentir, que de otro modo era el corazon inescrutable; una duda afectada es la más sutil gan-zúa de la curiosidad para saber cuanto quisiere, y áun para el aprender es treta del discípulo contradecir al maestro, que se empeña con más conato en la declaracion y fundamento de la verdad; de suerte que la impugnacion moderada da ocasion á la enseñanza cumplida.

No hacer de una necedad dos. Es muy ordinario para remendar una cometer otras cuatro; excusar una impertinencia con otra mayor es de casta de mentira, ó ésta lo es de necedad, que para sustentarse una necesita de muchas; siempre del mal pleito fué peor el patrocinio, más mal que el mismo mal no saberlo desmentir; es pension de las imperfecciones dar á censo otras muchas; en un descuido puede caer el mayor sabio, pero en dos no, y de paso, que no de asiento.

Atencion al que llega de segunda intencion. Es ardid del hombre negociante descuidar la voluntad para acometerla, que es vencida en siendo convencida; disimulan el intento para conseguirlo, y pónese segundo para que en la ejecucion sea primero; asegúrase el tiro en lo inadvertido. Pero no duerma la atencion cuando tan desvelada la intencion; y si ésta se hace segunda para el disimulo, aquélla primera para el conocimiento; advierta la cautela el artificio con que llega, y nótele las puntas que va echando para venir á parar al punto de su pretension; propone uno y pretende otro, y revuelven con sutileza á dar en el blanco de su intencion; sepa, pues, lo que le concede, y tal vez convendrá dar á entender que ha entendido.

Tener la declarativa es no sólo desembarazo, pero despejo en el concepto. Algunos conciben bien y paren mal, que sin la claridad no salen á luz los hijos del alma, los conceptos y decretos; tienen algunos la capacidad de aquellas vasijas que perciben mucho y comunican poco; al contrario, otros dicen aún más de lo que sienten; lo que es la resolución en la voluntad es la explicación en el entendimiento; dos grandes eminencias, los ingenios claros son plausibles, los confusos fueron venerados por no entendidos, y tal vez conviene la obscuridad para no ser vulgar; pero ¿cómo harán concepto los demás de lo que les oyan si no les corresponde concepto mental á ellos de lo que dicen?

No se ha de querer ni aborrecer para siempre. Confiar de los amigos hoy como enemigos mañana, y los peores, y pues pasa en la realidad, pase en la prevención; no se han de dar armas á los tráfugas de la amistad, que hacen con ellas la mayor guerra; al contrario, con los enemigos siempre puerta abierta á la reconciliación, y sea la de la galantería, es la más segura; atormentó alguna vez después la venganza de ántes, y sirve de pesar el contento de la mala obra que se le hizo.

Nunca obrar por tema, sino por atención. Toda tema es postema, gran hija de la pasión, la que nunca obró cosa á derechas; hay algunos que todo lo reducen á guerrilla, bandoleros del trato; cuanto ejecutan querrian que fuese vencimiento, no saben proceder pacíficamente. Éstos para mandar y regir son perniciosos porque hacen bando del gobierno y enemigos de los que habian de hacer hijos; todo lo quieren disponer con traza y conseguir con fruto de su artificio, pero en descubriéndoles el paradojo humor los demás luego se apunta con ellos; procuranles estorbar sus quimeras y así nada consiguen; llévanse muchos hartazgos de enfados y todos les ayudan al disgusto. Éstos tienen el dictámen lesa y tal vez dañado el corazón; el modo de portarse con semejantes monstruos es huir á los antípodas, que mejor se llevará la barbaridad de aquéllos que la fiereza de éstos.

No ser tenido por hombre de artificio, aunque no se puede ya vivir sin él. Ántes prudente que astuto; es agradable á todos la lisura en el trato, pero no á todos por su casa. La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad de astucia. Sea ántes venerado por sabio que temido por reflejo; los sinceros son amados, pero engañados. El mayor artificio sea encubrir lo que se tiene por engaño. Floreció en el siglo de oro la llaneza, en éste de hierro la malicia. El crédito de hombre que sabe lo que ha de hacer es honroso y causa confianza; pero el de artificio es sofisticado y engendra recelo.

Cuando no puede uno vestirse la piel del león véstase la de la vulpeja. Saber ceder al tiempo es exceder; el que sale con su intento nunca pierde reputación; á falta de fuerza, destreza; por un camino ó por otro, ó por el real del valor ó por el atajo del artificio; más cosas ha obrado la maña que la fuerza, y más veces vencieron los sabios á los valientes que al

contrario; cuando no se puede alcanzar la cosa entra el desprecio.

No ser ocasionado ni para empeñarse ni para empeñar. Hay tropiezos del decoro, tanto propio como ajeno; siempre á punto de necesidad; encuéntrase con facilidad y rompen con infelicidad; no lo hacen al día con cien enfados, tienen el humor al repelo, y así contradicen á cuantos hay; calzaronse el juicio al revés y así todo lo reprueban; pero los mayores tentadores de la cordura son los que nada hacen bien y de todo dicen mal; que hay muchos monstruos en el extendido país de la impertinencia.

Hombre detenido evidencia de prudente. Es fiera la lengua, que si una vez se suelta es muy dificultoso de poderse volver á encadenar; es el pulso del alma, por donde conocen los sabios su disposición; aquí pulsán los atentos el movimiento del corazón; el mal es que el que habia de serlo más es ménos reportado; excúsase el sabio enfados y empeños, y muestra cuán señor es de sí. Procede circunspecto Jano en la equivalencia, Argos en la verificación. Mejor Momo hubiera echado ménos los ojos en las manos que la ventanilla en el pecho.

No ser muy individuado, ó por afectar ó por no advertir. Tienen algunos notable individuación con acciones de manía, que son más defectos que diferencias, y así como algunos son bien conocidos por alguna singular fealdad en el rostro, así éstos por algún exceso en el porte. No sirve el individuarse sino de nota, con una impertinente especialidad, que conmueve alternativamente en unos la risa, en otros el enfado.

Saber tomar las cosas nunca al repelo, aunque vengán. Todas tienen haz y enves; la mayor y más favorable, si se toma por el corte, lastima; al contrario, la más repugnante defiende si por la empuñadura; muchas fueron de pena que, si se consideraran las conveniencias fueran de contento; en todo hay convenientes e inconvenientes; la destreza está en saber topar con la comodidad; hace muy diferentes visos una misma cosa si se mira á diferentes luces; mírese por la de la felicidad; no se han de trocar los frenos al bien y al mal; de aquí procede que algunos en todo hallan el contento y otros el pesar; gran reparo contra las reveses de la fortuna y gran regla del vivir para todo tiempo y para todo empleo.

Conocer su defecto rey. Ninguno vive sin el contrapeso de la prenda relevante, y si le favorece la inclinación, apodérase á lo tirano; comience á hacerle la guerra publicando el cuidado contra él, y el primer paso sea el manifesto, que en siendo conocido será vencido, y más si el interesado hace concepto de él como los que notan; para ser señor de sí es menester ir sobre sí; rendido este cabo de imperfecciones acabarán todas.

Atención á obligar. Los más no hablan, no obran como quien son, sino como les obligan; para persuadir lo malo cualquiera sobra, porque lo malo es muy creído, aunque tal vez increíble; lo más y lo mejor que tenemos depende de respeto ajeno; conténtanse algunos con tener la razón de su parte, pero no bas-

ta, que es menester ayudarla con la diligencia. Cuesta á veces muy poco el obligar, y vale mucho; con palabras se compran obras; no hay alhaja tan vil en esta gran casa del universo que una vez al año no sea menester, y aunque valga poco hará gran falta; cada uno habla del objeto segun su afecto.

No ser de primera impresión. Cásanse algunos con la primera información, de suerte que las demás son concubinas; y como se adelanta siempre la mentira, no queda lugar después para la verdad; ni la voluntad con el primer objeto ni el entendimiento con la primera proposición se han de llenar, que es cortedad de fondo; tienen algunos la capacidad de vasija nueva, que el primer olor la ocupa, tanto del mal licor como del bueno. Cuando esta cortedad llega á conocida, es pernicioso, que da pié á la maliciosa industria; previenen los mal intencionados á teñir de su color la credulidad; quede siempre lugar á la revista; guarde Alejandro la otra oreja para la otra parte; quede lugar para la segunda y tercera información; arguye incapacidad el impresionarse y está cerca del apasionarse.

No tener voz de mala voz. Mucho ménos tener tal opinión, que es tener fama de contrafamas; no sea ingenioso á costa ajena, que es más odioso que dificultoso; vénganse todos de él diciendo mal todos de él; y como es solo y ellos muchos, más presto será él vencido que convencidos ellos; lo malo nunca ha de contentar, pero ni comentarse; es el murmurador para siempre aborrecido, y aunque á veces personajes grandes atraviesen con él, será más por gusto de su fisga que por estimación de su cordura; y el que dice mal, siempre oye peor.

Saber repartir su vida á lo discreto, no como se vienen las ocasiones, sino por providencia y delecto. Es penosa sin descansos como jornada larga sin mesones; hácela dichosa la variedad erudita. Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplee con los vivos, ver y registrar todo lo bueno del mundo; no todas las cosas se hallan en una tierra; repartió los dones el Padre universal, y á veces enriqueció más la fea. La tercera jornada sea toda para sí, última felicidad el filosofar.

Abrir los ojos con tiempo; no todos los que ven han abierto los ojos, ni todos los que miran ven. Dar en la cuenta tarde no sirve de remedio, sino de pesar; comienzan á ver algunos cuando no hay, que deshicieron sus casas y sus cosas ántes de hacerse ellos. Es dificultoso dar entendimiento á quien no tiene voluntad, y más dar voluntad á quien no tiene entendimiento; juegan con ellos los que les van al rededor como con ciegos, con risa de los demás; y porque son sordos para oír no abren los ojos para ver; pero no falta quien fomenta esta insensibilidad, que consiste su ser en que ellos no sean; infeliz caballo, cuyo amo no tiene ojos; mal engordará.

Nunca permitir á medio hacer las cosas; gócese en su perfección. Todos los principios son informes, y queda después la imaginación de aquella deformi-

F.-V.

dad, la memoria de haberlo visto imperfecto no lo deja lograr acabado; gozar de un golpe el objeto grande, aunque embaraza el juicio de las partes, de por sí adecua el gusto; ántes de ser todo es nada, y en el comenzar á ser se está aún muy dentro de su nada; el ver guisar el manjar más regalado sirve ántes de asco que de apetito; recátese, pues, todo gran maestro de que le vean sus obras en embrión; aprenda de la naturaleza á no exponerlas hasta que puedan parecer.

Tener un punto de negociante. No todo sea especulación, haya también acción. Los muy sabios son fáciles de engañar, porque aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso; la contemplación de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales, y como ignoran lo primero que habian de saber y en que todos parten un cabello, ó son admirados ó son tenidos por ignorantes del vulgo superficial; procure, pues, el varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aún reído; sea hombre de lo ágil, que aunque no es lo superior, es lo más precioso del vivir. ¿De qué sirve el saber si no es práctico? y el saber vivir es hoy el verdadero saber.

No errarle el golpe al gusto, que es hacer un pesar por un placer. Con lo que piensan obligar algunos enfadan por no comprender los genios. Obras hay que para unos son lisonja y para otros ofensa, y el que se creyó servicio fué agravio; costó á veces más el dar disgusto que hubiera costado el hacer placer; pierden el agradecimiento y el dón, porque perdieron el norte del agrado; si no se sabe el genio ajeno, mal se le podrá satisfacer; de aquí es que algunos pensaron decir un elogio y dijeron un vituperio, que fué bien merecido castigo, piensan otros entretener con su elocuencia, y aporréan el alma con su locuacidad.

Nunca fiar reputación sin prendas de honra ajena. Hase de ir á la parte del provecho en el silencio del daño en la facilidad. En interés de honra siempre ha de ser el trato de compañía, de suerte que la propia reputación ha de cuidar de la ajena. Nunca se ha de fiar; pero si alguna vez, sea con tal arte que pueda ceder la prudencia á la cautela. Sea el riesgo común, y recíproca la causa, para que no se le convierta en testigo el que se reconoce partícipe.

Saber pedir. No hay cosa más dificultosa para algunos ni más fácil para otros. Hay unos que no saben negar; con éstos no es menester ganzá. Hay otros que el no es su primera palabra á todas horas; con éstos es menester la industria y con todos la sazón; un coger los espíritus alegres, ó por el pasto antecedente del cuerpo ó por el del ánimo; si ya la atención del reflejo que atiende no previene la sutileza en el que intenta; los días del gozo son los del favor, que redundan del interior al exterior. No se ha de llegar cuando se ve negar á otro; que está perdido el miedo al no. Sobre tristeza no hay buen lance. El obligar de antemano es cambio donde no corresponde la villanía.

Hacer obligación ántes de lo que habia de ser pre-